



Si vives lo suficiente

Ataúlfo Sanz

Si vives lo suficiente, se te muere mucha gente. Esa era la máxima de la abuela Sole, que repetía una y otra vez a la menor oportunidad para recalcar que, a pesar de no aparentarlo, se acercaba ya a los ochenta. Había nacido en un pueblo de Sanabria, pero lo cierto es que llevaba toda la vida viviendo en Zamora y que del pueblo solo tenía esa característica intensificación del rosa en las mejillas que delata a las personas con buena salud.

Cuando aquella mañana llamaron a su puerta, no podía sospechar que su vida, lo que restaba de ella, estaba a punto de cambiar para siempre. El timbre sonó a las siete de la ma-

ñana y la abuela pensó que sería alguna de sus vecinas en busca de un favor porque el cartero o incluso los repartidores de propaganda llamaban siempre a partir de las nueve. A esas horas, la abuela Sole estaba ya levantada, preparándose el desayuno en la cocina y escuchando las noticias de la radio que siempre le ponían de mal humor para toda la mañana. Últimamente había tenido la tensión un poco alta y el azúcar disparado, por eso ahora en vez de café con leche se tomaba una achicoria con agua y sacarina. A pesar de sus años, la abuela Sole era una mujer moderna. Nunca vestía de negro, excepto en los funerales, y se teñía los escasos pelos que aún le quedaban de colores llamativos como el verde esperan-

za o el azul turquesa, para testimoniar que seguía viva y con muchas ganas de dar guerra.

La abuela Sole abrió la puerta en camisón y se asustó al comprobar que al otro lado, en el rellano, se encontraba una pareja de policías que parecían no saber muy bien dónde estaban. Hacía mucho tiempo que la policía no aparecía por la casa, casi tanto como llevaba desaparecido el hijo de su vecino.

- Buenos días señora- le dijo uno de los agentes-
Perdone que le molestemos a estas horas de la mañana. Estamos buscando a Julián Martín.
¿Sabe usted si vive en la casa?

La pregunta le dejó sin habla, algo que por otra parte era inhabitual en ella. Intimidada por el encuentro, cerró de golpe la puerta que acababa de abrir y se fue directa a su habitación, como si estuviera huyendo de un pasado que se negaba a recordar. El timbre seguía sonando una y otra vez y en el silencio de la mañana el sonido se magnificaba como una campana cuando toca a muerto.

Volvió con brusquedad la cabeza hacia el espejo de la cómoda y observó con desazón sus facciones veteadas de manchas marrones y los pliegues que formaban sus arrugas en la frente, como surcos de arado en plena siembra.

Instintivamente se quitó la ropa y se vistió con lo primero que cogió del armario. Sabía que no iba a poder eludir a la policía y que cuanto antes se enfrentara a ellos sería mucho mejor.

Pasados unos minutos abrió la puerta y muy calmada les contó a los policías que la persona a la que estaban buscando era su vecino, pero que a esas horas ya estaría trabajando en su puesto del mercado de abastos.

Nada más terminar de hablar con los policías, la abuela Sole ya se había arrepentido. “¿Y si por mi culpa dan con él y le meten en la cárcel?” se decía la mujer presa del pánico. La culpa le pesaba como la piedra en el cuello del ahogado, por eso nada más cerrar la puerta a la policía la volvió a abrir para salir corriendo a la calle.

Tenía tantos remordimientos por haber dicho dónde estaba su vecino, que bajó las escaleras del portal de dos en dos y cuando salió a la calle

empezó a caminar deprisa, a saltitos, como una liebre que huye del perro del cazador.

En su carrera por las calles de Zamora, la abuela Sole no veía ni semáforos, ni pasos de cebra, como si de repente la ciudad se hubiera convertido en una selva donde lo más importante no fueran los animales que te salen al paso, sino llegar a un lugar seguro.

A esa hora de la mañana el tráfico en la capital no era muy intenso y ella llegó al mercado en poco tiempo. Fatigada por la carrera, se paró un segundo antes de entrar al recinto y recordó de pronto, como en un *dèjà vu*, una situación similar a aquella solo que unos años antes.

Se vio llegando al mercado, corriendo como ahora en busca de su vecino para decirle que la ambulancia se llevaba a su único hijo con un tajo mortal entre sus carnes. Aquello fue lo más difícil que le había tocado hacer en la vida y la cara de Julián al recibir la noticia era algo que no había podido olvidar a pesar de los años pasados.

Al contrario que las calles, el mercado a esas horas bullía de actividad. Por todos los pasillos se movían transportistas con cajas de frutas y verduras, carniceros llevando sobre sus hombros canales de ternera, cerdo o cordero, pescaderos con sus delantales blancos, charcuteros, todo un enjambre de hombres y mujeres que se apresuraban por tenerlo todo listo para la hora de apertura.

Como en una catedral gótica aunque menos colorista, las cristaleras del mercado dejaban traslucir los rayos del sol de la mañana, que iluminaban como haces de luz sobre un escenario algunos de los puestos del interior.

Echó a andar con rumbo firme, pues sabía de sobra a dónde se dirigía. Mientras avanzaba, los dos policías con los que había hablado un rato antes se toparon con ella, pero bien porque no la vieran, o bien porque no quisieran verla, lo cierto es que pasaron de largo y se internaron en la jungla del mercado.

Anduvo unos cuantos metros que se le hicieron eternos como la misa en un día de fiesta y al final del pasillo divisó primero el letrero de “Encurtidos Vellido” y después encontró a su vecino

en medio de grandes cuencos de aceitunas, pepinillos, cebolletas, pimientos y guindillas marinadas en sal.

La abuela se dio cuenta de que Julián estaba sorprendido. Sabía de sobra por los más de veinte años que llevaban de vecinos que a esas horas de la mañana ella no era persona y que, como pronto, iba al mercado pasado el mediodía.

De natural risueña, la abuela tenía una expresión desencajada, con los ojos inundados de lágrimas a punto de desbordarse por las ajadas mejillas y la boca temblando como un pastel de gelatina.

No habían hecho más que saludarse tímidamente cuando llegaron al puesto los dos policías. La abuela y su vecino se miraron a los ojos y sin decir nada, comprendieron que aquella visita de la autoridad era sin duda el motivo que les había reunido esa mañana.

Los agentes siguieron en todo momento el protocolo establecido y después de asegurarse de que él era Julián Martín, pasaron a explicar las razones de su búsqueda. Él asentía ante cada una de las explicaciones de los policías y en un momento dado sacó del mostrador unos papeles que ellos se quedaron antes de despedirse y marcharse por donde habían venido.

Sin dramatizar ni hacer aspavientos, como si en vez de policías le hubieran venido a ver dos familiares o dos amigos, Julián se acercó a la abuela Sole y le contó lo que pasaba. Ella sabía muy bien cómo andaban las cosas en casa de su vecino, pero no podía imaginar que en poco tiempo hubieran avanzado tanto y tan mal.

Los desahucios eran tristemente pan de cada día en televisiones, radios y periódicos, pero por suerte en su barrio o en su círculo de amigos no habían tenido que hacer frente a ningún desahucio. Las deudas que había dejado su hijo habían pesado en Julián casi tanto como su muerte y ahora le arrastraban hacia el fondo sin que nadie pudiera echarle al cuello un salvavidas.

Mientras recorrían el camino de vuelta a casa, la abuela Sole trataba en vano de reconfortar a su vecino. Le recordaba cómo se habían conocido siendo los dos zamoranos de pueblo llegados a la ciudad, cómo se habían ayudado y cómo ha-

bían superado todas las vicisitudes que la vida les fue poniendo en su camino, desde la muerte de sus respectivos cónyuges, a los problemas con las drogas del hijo de Julián, que habían llevado en más de una ocasión a que la abuela Sole prestara dinero a su vecino.

Pero él no estaba por la labor de levantar su ánimo y caminaba a su lado nervioso, como el cordero que va al matadero.

- Yo siempre he querido morir en mi casa, en mi cama, como lo hicieron mis padres y sus padres antes que ellos. Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa, como decía el poeta.

- ¡Déjate de poesía y no digas más tonterías! Tu casa es tuya, diga lo que diga el juzgado y se ponga la policía como se ponga. Y si hace falta nos ponemos todos delante de la puerta con pancartas y silbatos. ¿No has visto la televisión?

- Hace años que no la enciendo. Al principio, después de morir mi mujer, todavía tenía ganas pero cuando pasó lo de mi hijo....

La conversación transcurría por unos derroteros que ella ya no controlaba. A medida que se acercaban a su casa, el silencio se imponía entre los dos, introduciéndose sigilosamente como la niebla en los días de invierno. La abuela Sole tenía claro que algo había que hacer, pero no sabía qué. Cierto es que conocía por la televisión algunos casos de personas desahuciadas que gracias al apoyo de sus vecinos habían podido mantener sus viviendas, aunque fuera por poco tiempo, pero sabía también que la mayor parte de las personas embargadas tenían que dejar su casa.

- A malas, a malas... puedes venir a vivir conmigo -dijo finalmente la abuela esforzándose por poner a su cara una sonrisa. Hace muchos años que no tengo un hombre en casa y creo que va siendo hora-, sentenció riéndose a carcajadas.

- No estoy para bromas, Sole. Antes yo tenía cierta gracia, pero los golpes de la vida, las decepciones, han hecho que el humor ya no me funcione. Tal vez me haya convertido en un viejo gruñón porque después de haber visto tantas cosas como he visto, ya no puedo afrontar la vida con una sonrisa. He llegado

a esa edad en que la vida no es más que una derrota aceptada.

Por fin llegaron a casa. El sol empezaba ya a calentar las fachadas y las palomas de la vecina iglesia rompían el aire sacudiendo con sus alas los restos de la noche y arrullando los sueños de los que todavía permanecían en la cama.

Entraron en el portal y sin mediar palabra subieron las escaleras hasta el piso de Julián, él delante y ella detrás, como si entre los dos existiera un código no escrito en el que los hombres siempre llevan la delantera.

Julián abrió la puerta de su casa y se fue derecho al comedor, que se encontraba justo en el lado opuesto de la entrada. La luz blanquecina de las primeras horas del día se colaba por los cristales de los balcones que daban a la calle, mientras el resto de la vivienda estaba en penumbra.

- ¿Sabes por qué nombré a mi puesto “Vellido”? – preguntó de pronto Julián que se había ido acercando a la luz del balcón. Pues porque siempre me he sentido identificado con Vellido Dolfos, el hombre que traicionó a un rey para salvar una ciudad. Su nombre pasó a la historia como el del gran traidor, pero para mí Vellido siempre fue un héroe y además, por qué negarlo, “Encurtidos Vellido” sonaba bien, se quedaba rápidamente en la gente y eso era lo que a mí me interesaba. La abuela Sole le miraba estupefacta. Parada en el pasillo aún a oscuras, se había asegurado de dejar la puerta abierta tras de sí por si necesitaba ayuda. Intuía por el modo de actuar que algo estaba a punto de pasar, pero por otro lado de sentía incapaz de poder hacer algo pues sentía como si el suelo se hundiera bajo sus pies.

- Sobre el muro de Zamora vide un caballero erguido, al real de los castellanos da con grande grito... - comenzó a recitar Julián en voz alta con esa voz engolada de los viejos actores de teatro clásico cuando interpretan el romancero. “¡Guarte, guarte, rey don Sancho, no digas que no te aviso, - continuó mientras se iba deslizando sobre el suelo lentamente, como si estuviese actuando en un corral de comedias.

Los versos del antiguo romance castellano salían de la boca de Julián con la fluidez del que

sabe lo que dice, si bien la abuela Sole buscaba en ellos una pista, una señal que le ayudara a entender lo que estaba a punto de acontecer.

El romance iba avanzando al mismo tiempo que Julián abría las hojas de madera del balcón. Una brisa helada se coló en la casa y llegó hasta la abuela, que sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

De pronto, su vecino dejó de recitar. Parecía como si el romance por fin hubiera acabado, pero la abuela sabía que no era así.

Julián se volvió hacia ella, que boquiabierta veía la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y como si quisiera decirle algo importante, un mensaje cifrado que le ayudara a comprenderlo todo, fijó su mirada en la de ella y cadenciosamente, recreándose una a una en todas las palabras, recitó el último verso:

- “¡Tiempo era, doña Urraca, de cumplir lo prometido!

Acto seguido, Julián giró sobre sus talones y se lanzó a través del balcón abierto, abriendo los brazos como un ave que inicia el vuelo en busca de nuevos campos que sobrevolar.

Transida de dolor, la abuela Sole tiritaba bajo su ropa y sentía un frío helador de los pies a la cabeza y una profunda tristeza en su alma.

Los gritos procedentes de la calle despertaron a la abuela del estado catatónico en el que se había sumido. Dio media vuelta y salió a la calle, volviendo a bajar las escaleras a todo correr como lo había hecho unas horas antes. Al salir, vio sobre el suelo empedrado el cuerpo de Julián rodeado ya de curiosos y policías. Lentamente se fue acercando, oyendo caer una a una sus pisadas sobre las piedras redondas con las que estaban empedradas las calles del barrio. Se plantó frente a los policías que custodiaban el cuerpo de su vecino, les miró a los ojos fijamente y les fulminó, sin decir palabra, solo con la mirada.

Ataúlfo Sanz



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de abastos de Zamora.**